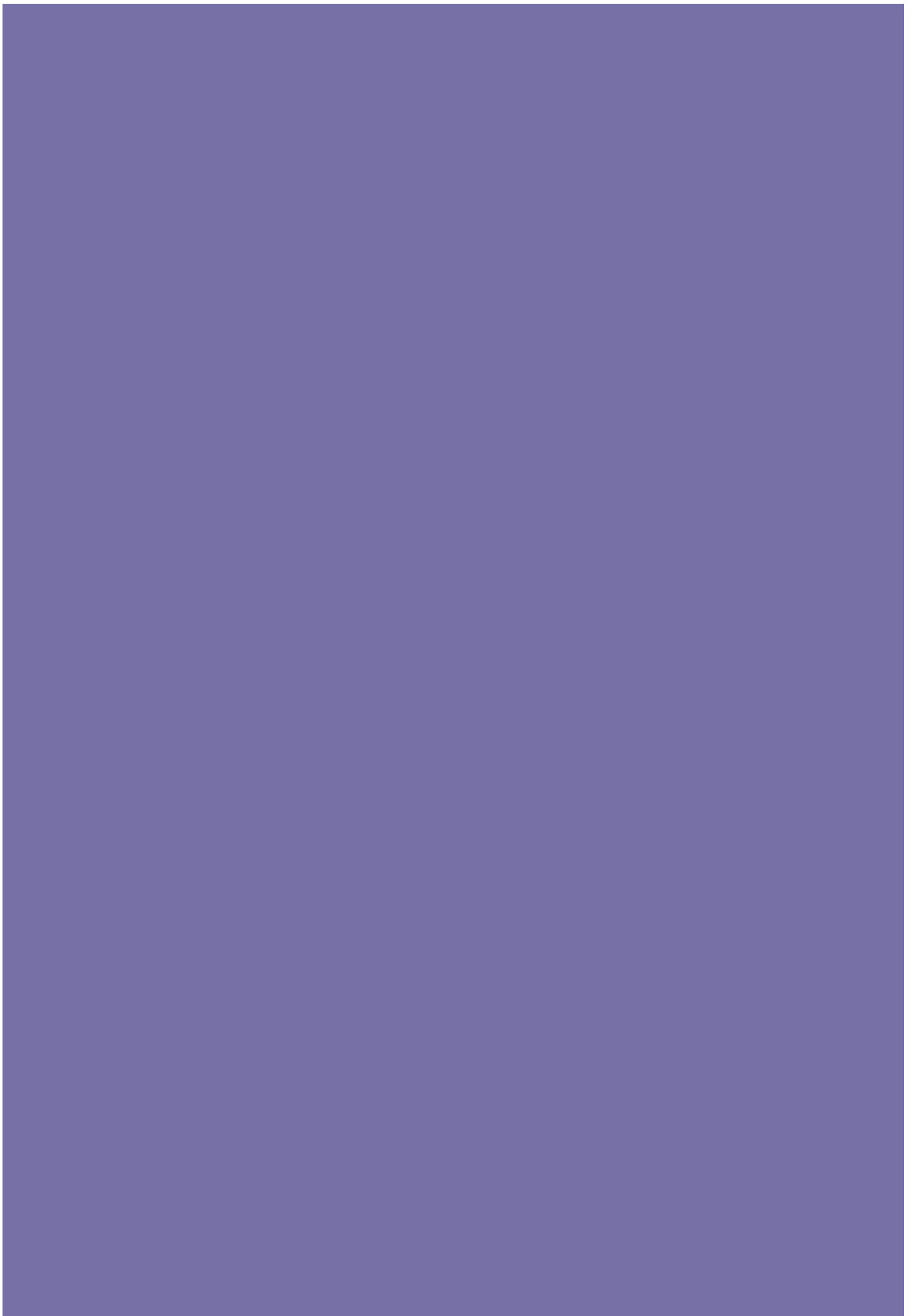


REIA #21/2022
210 páginas
ISSN: 2340—9851
www.reia.es

José Miguel Muñoz Jiménez

Universidad Francisco Marroquín

El arquitecto ilustrado. Del oficio a la profesión



José Miguel Muñoz Jiménez
El arquitecto ilustrado. Del oficio a la profesión. *

(*) IRISARRI MARTÍNEZ, Carlos Javier. Centro de Estudios Europa Hispánica, Madrid, 2022, 271 páginas. ISBN: 978-84-18760-05-1

Este libro de Carlos Irisarri, es culminación de otros dos ensayos titulados *El arquitecto práctico* (2011), y *El arquitecto en perspectiva* (2019). La obra ofrece una gran cantidad de pormenores, que sin embargo nunca pierden el hilo conductor: los avatares de la profesión en un recorrido desde el mundo antiguo al post-contemporáneo. Se acompaña el texto de una presentación de Miguel Lasso de la Vega y de un prólogo de Carlos Sambricio. Al final, diez interesantes documentos completan como apéndices, lo mismo que las bellas imágenes, este texto. Las notas resultan imprescindibles, y muchas veces muy sabrosas.

Sus ocho capítulos ofrecen una organización clara y completa. En el preliminar, se anuncia que se usa la historia para estudiar la actividad del arquitecto, desde una sociedad rural y devota casi perdida, hasta la actual urbana y tecnológica. Se comienza aclarando el valor de los términos que definen este mundo del arquitecto. El segundo capítulo se centra en los libros sobre arquitectura, donde Vitruvio es el modelo, tanto en España como en el resto de Europa, e indica con agudeza que los tratados fueron más importantes para los clientes que para los arquitectos. En el tercero nos explica la convergencia del Humanismo con los nuevos comitentes, el auge de las lenguas vernáculas y el último apogeo del gremialismo. Reconoce que salvo los maestros de las obras reales –y por mi parte añadido a los frailes arquitectos-, todos los demás maestros de obras, catedralicias y nobiliarias, siguieron siendo contratistas al tiempo que tracistas, al no poder vivir sólo de la ideación.

Los cuatro siguientes capítulos se ocupan de acercarnos al arquitecto del Siglo de las Luces, con la reglamentación de sus competencias (“el arquitecto reglado”), su formación (“el arquitecto educado”), la cualificación (“el arquitecto privado”), y por último el papel en sociedad (“el arquitecto público”).

Así, las reglas de la Real Academia condujeron a aclarar las competencias del nuevo profesional: el diseño; las condiciones de la edificación; la supervisión de la obra a favor del cliente; el peritaje o tasación, y el acceso a los cargos públicos. En la educación, se pasó del aprendiz al nuevo estudiante, que tendrá que aprender las clásicas disciplinas vitruvianas, en especial matemáticas, construcción, monte y dibujo natural y técnico. Se hará durante una larga carrera, tanto en España como en el viaje de estudios a Roma, en los casos más favorecidos.

Fig. 01. El arquitecto ilustrado. Del oficio a la profesión. IRISARRI MARTÍNEZ, Carlos Javier. Centro de Estudios Europa Hispánica, Madrid, 2022, 271 páginas. ISBN: 978-84-18760-05-1



La competencia profesional da lugar a múltiples aspectos: p. e. cómo el elegir lo mejor al dibujar es un don, pero al que hay que potenciar. Todo por un camino sistemático entre el interior y el exterior, el plano y la estructura, el adorno correcto, y antes la comodidad del inmueble que su hermosura. Explica cómo el auge de la perspectiva –o mejor de la traza-, frente a los defensores del uso de maquetas, se puede relacionar con la evolución de la profesión que se plantea. También que la supervisión del proyecto logró su carácter científico.

Irisarri idealiza un tanto el papel controlador de la Academia, que representaría un nuevo modelo de sociedad en la que no cabía ya la improvisación en los plazos, precios, pagos, asistencia, tasaciones y supervisiones. Fue novedad sin embargo el cambio del lugar de trabajo: de la sala de trazado medieval, en la misma obra, a la oficina del arquitecto ilustrado, que al alejarse aumentó su autonomía respecto a la fábrica. También repasa cómo el cierre de la obra exigía la valoración final, el medir en lo formal, lo económico y lo técnico. Así aparece la paradoja de que las labores prácticas de la profesión estaban en un plano mayor que la propia ideación. Otros aspectos curiosos son el de la despreocupación docente del gran Juan de Villanueva; el rechazo del adorno y también la nueva superficialidad del valor del orden; el auge de la arquitectura dibujada, e incluso visionaria, etc.

Finalmente, el aspecto público de la nueva arquitectura dieciochesca lleva al autor a estudiar que, si los altos cargos encumbran la profesión, más importancia tuvo para ésta el auge de los encargos para las casas de la burguesía –antes en manos de los maestros de obras-, verdadero sustento del arquitecto ilustrado. Aquí cabe señalar la importancia de las nuevas poblaciones y, en ellas, de las casas de los colonos agrícolas.

Como una contradicción del momento político, se contempla que la aspiración de los arquitectos para ennoblecerse –evitando el pago de impuestos-, chocaba con el afán igualitario de la visión ilustrada de la sociedad. Con todo se produjo un aumento del escrúpulo y de la lucha contra el fraude de los malos constructores. Es la búsqueda de la honorabilidad, que debe basarse sobre todo en la competencia del arquitecto nuevo: en estar informado; asumir los riesgos; dominar la profesión, y saber tratar a los empleados y clientes. Pero sobre todo en luchar contra el hermetismo de los iniciados. De ahí la gran necesidad de una deontología o ética profesional, aplicada en este mundo tan hermoso. La solución, dice Irisarri, pasaba por la autorregulación y la especialización de los protagonistas.

Cierran unas breves conclusiones, igualmente certeras: cómo la profesionalización de la arquitectura se basó en la toma de conciencia de una actividad privilegiada y corporativa, al tiempo que llena de responsabilidades para lograr una sociedad mejor. Al final, viendo unos cambios irreparables en los últimos años, el autor lanza una afirmación esperanzadora: siempre habrá, a pesar de los desajustes de nuestros tiempos, la necesidad social de la consecución de unas funciones espaciales, que llegarán por medio de los “objetos” ideados por el buen arquitecto.

